

sentido (1), y como todo lo demás había resultado inútil, había finalmente enviado á Bertano; pues, antes que quedara resuelta esta cuestión, no podía decidirse Paulo III á prolongar la alianza con Carlos. Añadióse á esto, que, conforme á las noticias recibidas en Diciembre, la guerra de Alemania había tomado un sesgo tal, que el Emperador no parecía necesitar los auxilios hasta entonces prestados, con tanta urgencia como antes (2), y no menos pesaba en la consideración el estado de la hacienda del Papa. El envío y mantenimiento del ejército auxiliar pontificio había costado 300,000 ducados (3). ¿Cómo era, pues, posible, además de las no despreciables expensas para el Concilio, que corrían á cargo del Papa, reunir ahora todavía los cuantiosos recursos para una nueva guerra? Finalmente — y esto pudo ser de importancia definitiva — el Papa abrigaba una gran desconfianza acerca los designios del Emperador, el cual se había expresado con Veralló en términos amenazadores (4). ¿Qué era lo que se había conseguido con los grandes sacrificios hechos hasta entonces? La respuesta no podía ser dudosa: sencillamente, el poderío político del Emperador había conseguido un eficaz refuerzo, mientras que la cuestión religiosa, aun después de las victorias de Carlos en el sud de Alemania, estaba casi del todo en el aire. Prescindiendo de Colonia, donde se hizo posible la expulsión de Hermann von Wied (5), la causa católica no sacó sino muy pequeñas ventajas del cambio de la situación. El restablecimiento de algunos monasterios en la provincia de Wurtemberg (6) significaba poco respecto del hecho de haber la política imperial tenido por conveniente, redu-

(1) Ibid. XLIII-XLIV, 335, nota 1.

(2) Además de las Nuntiaturberichte IX, XLIV, 387, cf. todavía la *relación del embajador de Sena A. Sansedoni, fechada en Roma á 8 y 17 de Diciembre de 1546 (*Archivo público de Sena*). V. también la *relación de H. Tiranno á la duquesa de Urbino, fechada en Roma á 18 de Diciembre de 1546. *Archivo público de Florencia*.

(3) V. Nuntiaturberichte IX, XXII.

(4) V., en el apéndice n.º 77, la importante *relación de H. Tiranno de 11 de Diciembre de 1546. *Archivo público de Florencia*.

(5) Hermann von Wied, depuesto por el Papa ya en 16 de Abril de 1546, tuvo que resignar el cargo de administrador de Paderborn en 26 de Enero de 1547, y en 25 de Febrero el arzobispado de Colonia (v. Varrentrapp 272 s.; Buch Weinsberg, editado por Höhlbaum I, Leipzig 1886, 260; Gulik, Gropper 117-120).

(6) Esto alegan los imperiales y la toma de posesión de Pflug en Naumburg, como también el haber sido removido Hermann von Wied de su sede de Colonia (Nuntiaturberichte IX, 456, n. 1).

cir á los vencidos Estados protestantes del Imperio sólo á la obediencia del Emperador, y no á la obediencia del Papa.

Algunos motivos parecían militar entonces en favor de este proceder lento y cauteloso, que á la verdad no se acreditó en el tiempo siguiente; mas en todo caso era obligación del Emperador atenerse, en las cuestiones religiosas, á las condiciones de su alianza. Ahora bien, el tratado de Junio obligaba expresamente á Carlos V á no tratar con los protestantes, sin consentimiento del Papa ó de su Legado, acerca de cosas tocantes al fundamento ó fin de la guerra y, principalmente, á no otorgarles cosa alguna contraria á la religión ó á la constitución de la Iglesia católica (1).

Los diplomáticos imperiales habían ya quebrantado estas disposiciones en los convenios que, hallándose todavía en Ratisbona, hicieron con el duque Mauricio de Sajonia y el marqués Hans de Brandenburgo-Küstrin; pues, al paso que en el tratado con el Papa se asignaba como causa de la guerra la negativa de someterse á la universal Asamblea eclesiástica reunida en Trento, en aquellos convenios se volvió á abandonar inmediatamente la autoridad de este Concilio (2). En los tratados con el conde Palatino Federico y el duque Ulrico de Wurtemberg, no se hablaba ni una palabra siquiera de la causa de la religión (3); y tampoco en los convenios con las ciudades de la Alta Alemania se puso como condición el reconocimiento del Concilio, sino sólo se requirió la sumisión á las ordenaciones de la Dieta, y á los mandamientos de la Cámara imperial. Más aún: en la causa de la religión, dió el Emperador á aquellas ciudades la seguridad de dejarlas «en la religión que tuvieran» y «no apartarlas de ella con la espada ni con otra manera de violencia» (4). Conforme á lo cual, los predicadores protestantes pudieron continuar como antes, aun á los ojos del Emperador, predicando contra el «Anticristo de Roma» (5).

(1) Cf. arriba p. 232.

(2) Cf. Janssen-Pastor, III^{as}, 622 s., 671.

(3) Cf. Pallavicini I. 9. c. 3; Stälin, Wirtemb. Geschichte IV, 460. Cuando fué confirmado el tratado de Cadan, en que quedó asegurada la persistencia del protestantismo (v. Ranke, Deutsche Geschichte IV^o, 339).

(4) Cf. Ranke IV^o, 336 s.; Keim, Reformation in Ulm, Stuttgart 1851, 375 s., Egelhaaf II, 476; Nuntiaturberichte IX, 444, n. 2.

(5) Cf. Venet. Depeschen II, 137.

Todos estos convenios con los vencidos Estados protestantes se ajustaron sin pedir la aquiescencia del Papa ni la del nuncio Verallo, nombrado representante del Legado, según que el tratado de Junio de 1546 expresamente lo prescribía (1); y que Carlos V tuviera clara conciencia de obrar en esto contra las estipulaciones del tratado, lo manifiesta su ansioso conato por alejar al nuncio de todas las negociaciones. El nuncio no parecía estar allí presente sino para escuchar las quejas imperiales sobre el proceder de las tropas pontificias, y las amenazas que se hacían para el caso de que Paulo III no consintiera en la prolongación del tratado. Influyó también en ello perniciosamente el no estar Verallo á la altura de su posición; pues otro hombre hubiese instado con mucho mayor energía para que se cumpliera lo convenido.

Si la conducta observada hasta entonces por el Emperador era en sumo grado apropiada para hacer que el Papa se arrepintiese de su alianza, los convenios ajustados contra el tratado con los vencidos Estados protestantes, habían de crear de nuevo en Roma la opinión de que el Emperador no utilizaba los auxilios del Papa sino para ampliar su potencia política, y que, sin dársele nada de él, y mezclándose en asuntos de régimen interior eclesiástico, hacía á los protestantes ilícitas concesiones, y acabaría por concertarse con ellos de esta manera.

En tales circunstancias, se comprende fácilmente que el Papa se resolviera, por fin, á rehusar la renovación de la alianza terminada en Diciembre, suspendiera el pago de los subsidios y retirara sus tropas.

Por muy comprensible que sea el modo de proceder de Paulo III en aquellas circunstancias, y por muy de su parte que formalmente estuviera la justicia, puede sin embargo preguntarse, si un Papa que no hubiese tenido ante los ojos sino los intereses eclesiásticos hubiera dado un paso semejante, el cual había de producir grandes provechos á los protestantes (2).

Por lo demás, la desavenencia entre el Papa y el Emperador no hubiera tomado un carácter tan violento, si Francia no la

(1) Cf. la queja de Maffei en la carta de 23 de Enero de 1547, publicada por Balan VI, 282, como también la carta de Farnese de 5 de Febrero de 1547, que se halla en las Nuntiaturberichte IX, 456.

(2) Ranke (Pápste I^o, 167) va demasiado lejos cuando dice, que el Papa se sintió entonces aliado de los protestantes.

hubiese atizado continuamente. Paulo III, dominado por su temor de la supremacía universal de los Habsburgo, estaba demasiado inclinado á dar oídos á semejantes inspiraciones, principalmente dando Carlos V ocasión de justas quejas. A una y otra parte corresponde, pues, la culpa de que surgieran siempre nuevas diferencias hasta llegar á la disolución de la alianza dirigida contra el común enemigo (1).

La cesación de un beneficio se concibe no pocas veces como una injuria, y Paulo III tenía demasiado conocimiento de los hombres para no saberlo; por lo cual hizo que se diera la más suave forma al breve redactado á 22 de Enero de 1547, por el que se anunciaba la retirada de las tropas auxiliares pontificias: con las más honoríficas expresiones se felicita á Carlos por su victoria, en la cual tiene asimismo alguna parte el Papa, y se manifiesta la esperanza de que pondrá el coronamiento á su obra, restableciendo la religión católica en Alemania. Con genuino artificio diplomático no se anuncia hasta el final y muy brevemente lo que más importaba: «Comoquiera que ahora está ya la guerra casi terminada, y tu posición es enteramente favorable y segura, hemos resuelto llamar de Alemania las tropas auxiliares que te habíamos enviado, las cuales se hallan al presente gravemente disminuídas, con el designio de acudir en tu auxilio, en caso que volviera á ofrecerse otra ocasión y tú quisieras emprender otra guerra semejante contra los enemigos de la religión cristiana, según que lo hemos hecho hasta ahora, y volveríamos á hacerlo según nuestras fuerzas y las de la Sede Apostólica» (2).

Al cardenal Farnese, quien continuaba propendiendo todavía á la prolongación de la alianza, le tocó el desagradable cometido de dar al nuncio Verallo más particulares instrucciones sobre la manera cómo, al entregar el breve, debía justificar su contenido. El nuncio debía principalmente hacer notar, cuán pesadamente había sentido el Papa, que cada audiencia se hubiera rehusado á su representante por mucho tiempo, y (contra lo estipulado) no se hubiese llamado á éste á las negociaciones tenidas con los Estados protestantes del Imperio. En una enérgica

(1) Hergenröther (Kirche und Staat 220) piensa, que no la menor parte de la culpa recae sobre Carlos V.

(2) V. Raynald 1547, n. 98; cf. además Nuntiaturberichte IX, 422, nota 1.

postdata de su mano, expresaba Farnese vivamente su dolor por la mudanza ocurrida: no se le había querido creer, cuando, mientras se halló presente en la corte imperial, exhortaba á que se tuviera un poco más de consideración al Papa. Como Cassandra, lo había previsto y vaticinado todo (1).

Los más graves temores de Farnese quedaron sobrepujados por la manera como contestó á la comisión de Verallo, en una audiencia de 2 de Febrero de 1547 en Ulm, el Emperador, irritado también por la publicación del Decreto sobre la justificación, hecha en el Concilio de Trento, y por las exhortaciones de Bertano para que ajustara la paz con Francia.

Por lo tocante á la retirada de las tropas pontificias, contestó Carlos V irónicamente, que estaba muy obligado á Paulo III por librarle de aquella manada de salteadores italianos, los cuales no habían hecho sino dañar; sólo que los motivos alegados para justificar aquella medida eran pueriles y falsos. Por las felicitaciones que le transmitía, besaba él el pie á Su Santidad, pero no creía fueran sinceras; al contrario, iba cada vez inclinándose á la persuasión de que el Papa le había complicado en aquella guerra con el designio de perderle. Para dar á entender que percibía la causa de ello, recordó el Emperador (á cada momento más acalorado), un atrevido proverbio italiano, que dice: Se puede perdonar á los jóvenes que contraigan el mal francés, pero en los viejos es intolerable. Y aunque el nuncio procuró dar otro giro á la conversación, Carlos explicó más de propósito el proverbio, cuyo doble sentido contenía una grave ofensa para el Papa, advirtiendo que en Paulo III era ya antiguo el daño francés, pues desde su juventud había padecido de él. Y hablando cada vez más claramente, afirmó el Emperador sin ambages, que el Papa se retiraba de su alianza movido por los franceses; era cierto que Paulo III no le había llevado á la guerra sino para arruinarle; pero Dios había dispuesto otra cosa, y él confiaba, aun sin el auxilio del Papa, llevar su empresa al cabo victoriosamente. La negativa de la audiencia la fundó Carlos en sus muchas ocupaciones, en su pa-

(1) Carta de Farnese á Verallo, fechada á 22 de Enero de 1547 (Nuntiaturberichte IX, 421 s.). Respecto de la denegación de la audiencia, dice Friedensburg (ibid. XLVI) justamente, que este agravio no estaba motivado. Pero no puedo hallar que no hubiese también violación del tratado. Esta la admiten asimismo de Leva (IV, 184) y Ranke (Deutsche Gesch. IV^o, 300).

decimiento de gota, y la convicción de que Verallo no le hubiera llevado con todo eso sino vanas palabras.

A la queja sobre el convenio ajustado con los Estados protestantes sin el Papa, respondió el Emperador, ardiendo de ira con la observación: que lo había hecho con muy buen acuerdo; pues el nombre de Paulo III, era tan aborrecido en Alemania y en otros muchos países cristianos, por sus maleficios, que traerlo á colación sólo podía haber producido un efecto dañoso. Carlos volvió luego á su antigua querrela sobre haberse comunicado el convenio á los suizos, con lo cual había querido Paulo III soliviantar contra él á los protestantes. El tenía conciencia de cumplir sus deberes como Príncipe católico, harto mejor que el Papa los suyos, y todavía esperaba tener ocasión de decirle esto á Su Santidad á la cara. Abrigaba la segura esperanza de llevar al cabo la guerra, de la cual se retiraba ahora el Papa, de tal suerte, que por ventura les sería pesado todavía á algunos otros. La contestación que iba á darle el nuncio la cortó marchándose del aposento bajo el pretexto de ser hora de misa. El Emperador había hablado tan alto que los que se hallaban en la antecámara entendieron las iracundas frases que había pronunciado contra el Papa porque éste navegaba en aguas de Francia (1).

También Granvella, quien por lo demás lamentó el apasionado proceder de Carlos, atribuyó la conducta del Papa principalmente á la influencia francesa (2). Por esto Verallo, en otra segunda audiencia que tuvo junto con Bertano, procuró ante todo defender de esta imputación á su señor, aduciendo al propio tiempo los motivos que habían sido decisivos para que no se renovara la alianza; y en sus dares y tomares acerca de éste y de otros puntos litigiosos, creyó Verallo observar que el Emperador se mostraba algo más accesible. Sin embargo, no se abstuvo Carlos de advertir, que si Francia le declarase la guerra y el Papa le dejara en el atolladero, él se arreglaría con los protestantes. En aquella misma audiencia manifestó también el Emperador paladinamente, que la conjuración tramada por Fiesco, con auxilio de Francia, para levantar á Génova contra el partido im-

(1) Sobre la audiencia de Verallo existen, así su relación (Nuntiaturberichte IX, 444 s.) como la de Carlos V á Mendoza (Maurenbrecher 90* s.); cf. también Venet. Depeschen II, 163.

(2) V. Nuntiaturberichte IX, 448.

perial de los Doria, se había conducido en inteligencia con el Papa; lo cual rebatió Verallo resueltamente. Al terminar declaró Carlos V, que haría depender su futura conducta con Paulo III, del modo como éste procediera con él (1).

Los iracundos desahogos en que el Emperador atacó aun la persona misma del Papa, y afirmó, totalmente contra la verdad, que éste le había movido á la guerra (2), no eran en manera alguna mera manifestación de un instantáneo apasionamiento, sino al propio tiempo estaban bien calculados; pues, con tales amenazas, mezcladas de violentas inculpaciones, se había de intimidar al hasta entonces aliado, y obligarle á ulteriores concesiones, sobre todo en el concepto económico.

Lo que Carlos V pretendía desde hacía ya mucho tiempo en este respecto, no apuntaba á menos que una grande secularización: á todas las iglesias y monasterios de todos su reinos y Estados se les había de quitar la mitad de lo que poseían en oro y plata, y la mitad de las rentas anuales que percibían de los fondos destinados para su fábrica; hasta en España se espantaban de tales exigencias (3), á lo cual se añadía, presentarlas de una forma y manera que había de ofender profundamente á Paulo III. El soberbio comportamiento de los imperiales en Roma, descubría claramente su designio de violentar al Papa (4); pero Paulo III no se dejó intimidar sin embargo (5). Acentuó desde luego, que no podía conceder una tan desmesurada pretensión, cuya cuantía era totalmente imposible estimar de antemano; pero que podría tratarse con él de una suma determinada, por ejemplo, como cosa de 400.000 ducados; mas los imperiales no querían oír hablar de esto; echaron en cara á Paulo III su parcialidad en favor de Francia y declararon rotundamente que, en caso necesario, se hallaban resueltos á proceder á la secularización aprobada por sus teólogos, aun sin licencia del Papa. En una audiencia de 27 de Febrero,

(1) También sobre esta audiencia existen las relaciones de Verallo (Nuntiattriberichte IX, 462 s.) y de Carlos V (Maurenbrecher 94* s.); cf. Maynier, 455 s.

(2) Es cosa segura, que la resolución de emprender la guerra de Schmalkalda, procedió del emperador (cf. arriba, p. 179 ss.); v. también Friedensburg en las Nuntiattriberichte X, xxix; cf. Riezler, 339.

(3) V. Maurenbrecher 47* ss., 123; cf. Nuntiattriberichte IX, 624.

(4) Así juzga Friedensburg en las Nuntiattriberichte IX, LI.

(5) Cf. la relación de B. Ruggieri de 16 de Febrero de 1547 en Balan VI, 382.

llegaron hasta proferir amenazas contra la persona del Supremo Jerarca de la Iglesia; pero á la verdad, Paulo III no era un Clemente VII; y así declaró lleno de dignidad, que á un anciano que en todo caso no podía tener ya sino breve tiempo de vida, no se le podía intimidar con nada; y que, aun cuando hubiera de sufrir el martirio por la honra de Dios, esto no le acarrearía sino gloria, al paso que la muerte le libraría de las solicitudes y afanes anejos á su posición, en tal condición de los tiempos y con semejantes Príncipes (1).

Que Carlos V estaba decidido á las más extremas medidas, hubo de sacarlo Paulo III de las inauditas expresiones que había usado el Emperador hablando con Verallo; y entre tanto la política francesa continuaba como antes afanándose fervorosamente por ahondar el abismo que se abría entre el Emperador y el Papa, y procuraba enemistarlos irremediamente. El cardenal Du Bellay indicó al nuncio pontificio Dandino, la tolerancia de la confesión protestante concedida por el Emperador á las ciudades sometidas, y formuló la cuestión: si no significaba esto defraudar al Papa y á la Sede Apostólica (2).

La real manera de proceder del Emperador hubo de favorecer á semejantes insinuaciones; pues, por más que en el Sud de Alemania no se movía ya ninguna resistencia, todas las cosas quedaron como antes en los asuntos religiosos, y hasta parecía como si el Emperador abandonara la guerra contra los caudillos de la Liga de Schmalkalda que se retiraban hacia el Norte de Alemania, y volviera á dirigir su principal atención hacia Italia. Mientras se daba al conde de Büren el encargo de licenciar una parte del ejército, alistábanse nuevas tropas españolas, sobre cuyo empleo se pidió el consejo del gobernador de Milán, Ferrante Gonzaga; el cual fué de opinión que debían trasladarse las tropas á Sena para tener enfrenados al Papa y á los Farnese, los cuales hacía ya mucho tiempo habían puesto los ojos en aquella ciudad (3); y á esto se agregó el designio, cada día más visible, de Ferrante, de quitar á los Farnese Parma y Plasencia (4).

Atendiendo á esta situación de las cosas no puede maravillar

(1) V. las relaciones contemporáneas en las Nuntiattriberichte IX, 494, nota 4; cf. *ibid.* LI.

(2) V. Druffel, Sfondrato, 310.

(3) *Ibid.*, 310-311.

(4) Cf. abajo, p. 297 s.

á nadie (1), que Paulo III, gravemente amenazado en el terreno político y eclesiástico por la supremacía del victorioso Habsburgo, no mirara como su más peligroso adversario á los protestantes, sino á Carlos V, y hasta llegara á no sentir que los de Schmalkalda se sostuvieran en el norte de Alemania contra las tropas imperiales (2). La situación parecía á Paulo III tanto más peligrosa, por cuanto no podía contar seguramente ni con Francia ni con Venecia, y en tales circunstancias concibió un extraño plan, por medio del cual esperaba substraerse á las exigencias, cada vez más urgentes, con que el Emperador solicitaba su asentimiento para una gran secularización: los cardenales Sfondrato y Capodiferro, enviados como legados especiales á Carlos V y Francisco I, debían requerirlos á aprovechar la ocasión de la muerte de Enrique VIII, acaecida del 27 al 28 de Junio de 1547, para poner mano en la reducción de Inglaterra á la obediencia de la Iglesia (3).

Cuando Veralló dió parte de este proyecto al Emperador el 11 de Marzo de 1547 en Nordlinga, Carlos V asió afanosamente la oportunidad de expresar de nuevo su enojo sobre la conducta de Paulo III: para complacer al Papa, que tan indignamente le había abandonado en la presente guerra, exclamó: no desenvainaría la espada ni contra el más villano pícaro, no digamos contra Inglaterra. Por lo que tocaba á la secularización, solamente le detenía para que no la ejecutara, la consideración de que daría muy pequeño rendimiento; pues así había procedido hasta el mismo Fernando I el Católico, el cual había sido harto más católico que Paulo III. Generalmente no tendría en adelante veneración sino á San Pedro, pero no en manera alguna á Paulo III. A la guerra contra los protestantes, que no estaba de ningún modo resuelta, se dirigiría en los próximos días, y por más que al Papa le pe-

(1) Así juzga Druffel (Sfondrato 311).

(2) En una carta, *sin fecha*, de Du Mortier al rey francés, se lee: S. S. a eu nouvelles de la defaite du marquis de Brandebourg par l'industrie de la soeur du Landgrave et entendu que le duc de Saxe se trouve fort, dont elle a tel contentement comme celuy qui estime le commun ennemy estre par ces moyens retenu d'executer ses entreprises et connoist-on bien qu'il seroit utile sous main entretenir ceux qui luy resistent, disant que vous ne scauriez faire dependre plus utile (Ribier I, 637). El carácter tendencioso de esta noticia es bastante evidente, para que se le pueda dar crédito sin más ni más.

(3) Cf. Maynier, 456; Druffel, loc. cit., 312 ss.; Pieper, 130 s.; Friedensburg en las Nuntiaturberichte IX, LI, 493-494; X, xxiii.

sara, esperaba llevar aquella lucha á un buen término. Ya que Paulo III le negaba todo otro auxilio, haría poner en las primeras líneas de batalla al nuncio y á los legados que se le anunciaban, para que diesen buen ejemplo á los demás, y se viera qué conseguían con sus bendiciones (1).

Habiendo llegado tan allá las cosas, el mismo día 11 de Marzo, en que Veralló hubo de escuchar toda aquella befa é ironía contra sí mismo y contra el Papa, ocurrió, de un modo totalmente inesperado, un acaecimiento que iba á exacerbar todavía más la ya profunda oposición entre Carlos V y Paulo III: la translación del Concilio desde Trento á Bolonia. Esta perniciosa medida se tomó contra toda expectación; pues, precisamente durante el invierno de 1546 á 1547 había desplegado el Sínodo una actividad por extremo fructuosa.

Cuando el cardenal Farnese, al regresar de su legación en Alemania, llegó á Trento el 14 de Noviembre de 1546, esforzóse allí para allanar la contradicción entre los intereses pontificios é imperiales en el asunto del Concilio; y de hecho alcanzó el nepote ganar para la suspensión del Concilio, no sólo al cardenal Madruzzo, sino también al embajador imperial Mendoza (2). Por este camino intermedio debía evitarse la traslación; y después de repetidas y largas conferencias, se obtuvo el acuerdo sobre los puntos siguientes: en primer lugar debía diferirse la publicación del Decreto sobre la doctrina de la justificación; en segundo lugar, no siendo decoroso que el Concilio publicara un decreto de reforma sin otro dogmático, y como por otra parte se había de evitar el reproche de no querer hacer cosa alguna en este terreno, debíase solicitar del Papa que publicara acerca de la reforma una bula, la cual se leería luego en el Concilio y sería aprobada; tercero: atendida la aversión del Emperador á la traslación del Concilio, y lo peligroso de suspenderlo por tiempo indefinido, se debería por lo pronto acordar la suspensión por seis meses. Para este convenio se debía pedir la aquiescencia del Papa y del Emperador. Con el presupuesto de que la aprobación

(1) Sobre la audiencia de Veralló en Nördlingen, v. además de su carta de 11 de Marzo de 1547 (Nuntiaturberichte IX, 511 s.), las comunicaciones de Carlos V á Mendoza en Maurenbrecher, 102* ss. y Maynier, 457 s.; cf. además Venet. Depeschen II, 191, nota 2, 195 s., 203.

(2) Massarelli Diarium III, ed. Merkle I, 385 s. V. también Pallavicini, I, 8, c. 16, y Nuntiaturberichte IX, 346 s.